

civilización, al cumplimiento de esas mismas leyes; y cree, por otra parte, que en este momento de la evolución histórica, "el hombre es ya adulto de razón y hasta se le puede considerar adulto de conciencia", y en tal virtud, debe ya comenzar a regir sus actos individuales y colectivos por la interpretación de las verdades que ha descubierto.

Por lo tanto, y haber sido Hostos un pensador que, con todo su grande amor, a la verdad, amó mucho más el bien, y estimó la ciencia como "una virtualidad que tiende a la acción", según la frase de Varona, y que debe servir al perfeccionamiento humano, es justo que su *Tratado de Sociología* resultase obra de tendencias prácticas al mismo tiempo que de constitución científica.

Como es natural en tan elevado y generoso espíritu, Hostos encuentra vicioso en casi todas sus partes el sistema de vida de la sociedad actual; a cada paso descubre un defecto, censura con indignación un error, plantea un problema; cuándo, es la mala organización de los poderes de gobierno, especialmente la rudimentaria del electoral; luego, la falta de cohesión de la familia "que está ahora en el principio de su evolución"; más tarde, las tendencias agresivas de las naciones fuertes; y frecuentemente los múltiples yerros de los pueblos latino-americanos, a quienes presentó en otros escritos el terrible dilema: "Civilización o Muerte".

Contra cada mal, indica un procedimiento regenerador. En este respecto, pocos libros contemporáneos habrá que contengan tantas enseñanzas provechosas como su *Sociología* y su luminosa *Moral social*. Los remedios que propone no son los de las teorías socialistas corrientes:

la solución de los problemas humanos y su luminosa *Moral Social*. La revolución, "barrido extemporáneo de basura", sino el conocimiento exacto de las leyes naturales de bien ya realizado y los medios del bien por realizar."

Por último. Hostos fué siempre, como se desprende de todo lo anterior, optimista decidido, aunque fijaba al progreso y destino humanos límites que quizás parezcan estrechos a los entusiastas del Triunfo de la Vida y de la Evolución. Su concepción del posible porvenir social está condensada en el párrafo en que analiza las probabilidades de la civilización, después de indicar que ésta nunca llega a ser un estado definitivo, puesto que es más bien un propósito:

El desarrollo omnilateral, simultáneo y concurrente de todos los órganos y funciones de una sociedad cualquiera, sería lo único capaz de producir a un mismo tiempo como expresión, como signo de ese desarrollo, los tres caracteres que acabamos de analizar: el industrialismo, el intelectualismo, y el moralismo. Probablemente, esa concurrencia de todos los órganos y de todas las funciones en el desenvolvimiento social será imposible, a menos que en el transcurso de los tiempos, en el aumento de razón común, en el aumento de la voluntad por la moral, en el predominio universal de la conciencia, llegue a poder suceder que el hombre colectivo sea a la vez un trabajador completo, un discursidor correcto y un realizador puntual de las virtudes del trabajo y de la razón.

Párrafos de "Horas de Estudio", por Pedro Henríquez Ureña, París, Librería P. Ollendorff, 1 vol., 8°, 340 páginas—V. Capítulo "La Concepción Sociológica de Hostos".

EUGENIO M. DE HOSTOS

Por el Licenciado Manuel Ubaldo Gómez Moya.

En Puerto Rico, tierra que parece una continuación de la nuestra, en la cual como aquí se siente el ardor tropical y cuna, como la nuestra, de otro indio nombrado Güarionex, gloria de su raza, nació el 11 de Enero de 1839 el ilustre antillano y gran educacionista: Eugenio M. de Hostos, en la ciudad que legítimamente ostenta el calificativo de "Perla del Oeste". En ese Mayagüez, donde los dominicanos llevaron la siembra de la caña, según me lo dijo el honorable mayagüezano Julián Santiago Gauvin, discurrió la infancia del reformador de la Instrucción Pública en nuestro país.

El hecho de haber sido yo discípulo de Salus-

tiano Morillo, Cristino Zeno, Juan E. de Medina y José Rivera; Dávila, cuatro ilustres borincanos, me hizo amar su tierra y sus grandes hombres, y fué así que cuando en 1875 el Señor Hostos, auspiciado por el benemérito patriota Lupe-rón, publicaba en la heroica Puerto Plata "Las dos Antillas", suspendida por orden gubernativa, luego "Las tres Antillas" i más tarde "El Antillano", las cuales publicaciones corrieron la misma suerte, yo, quien leía los periódicos a mi hermano mayor, principié a admirar al Señor Hostos, y a robustecer el amor a Cuba como a Puerto Rico y a sus grandes hombres, tal como me lo habían inculcado mis maestros.

Personalmente conocí al Señor Hostos, cuando al pasar por esta ciudad en 1879 con el Minis-



tro de Instrucción Pública. Don Segundo Imbert, por encargo del Gobernador el General Juan Portolatin, acompañé al ilustre maestro a visitar la escuela nocturna de "La Progresista", cuyos directores y maestros en esos días eran Don Ramón Espinola, Don Arturo de Moya y Don Lorenzo Gómez. Desde ese día fui su amigo y en las veces que en la Capital de la República permanecí por algunos días, asistía como oyente a algunas de las clases que él personalmente daba; lo que dió por resultado que en sus cartas me calificara de su casi discípulo.

Andando el tiempo y siendo yo Presidente del Congreso Nacional en Agosto de 1903, le rendí, con el beneplácito de mis compañeros, el tributo de suspender la sesión al saber su muerte y dirigirnos en su mayoría a la casa mortuoria para asistir al sepelio de su cadáver, que resultó de extraordinaria concurrencia.

Pensando en las ideas de Hostos y en las de mi inolvidable maestro Cristino Zeno, he recordado mucho al Lic. Pedro Albizú Campos y a sus compañeros presos por asuntos políticos y he tenido la esperanza de que alguna institución o algún noble antillano admirador de Hostos y de su labor en pro de la confraternidad antillana, pida la amnistía de Albizú Campos y de sus compañeros aprovechando la feliz oportunidad del acercamiento panamericano que persigue el ilustre Presidente Franklin Delano Roosevelt.

¡Qué homenaje más grande para el alma blanca de Hostos, si con motivo del centenario de su natalicio se gestiona y se obtiene la libertad de los puertorriqueños privados de ella por cuestiones políticas!

Enero 11 de 1939.

SALVE

Por la señorita Mercedes Laura Aguiar, Maestra Normalista.

Aún resuena en mis oídos su inolvidable "hasta mañana!" Aún repercuten en mi cerebro i en mi espíritu los últimos acentos de su palabra edificante.

Partió el Maestro amado, empujado por la adversidad, mientras de cada pecho se levantaba una protesta de cariño, i una ola de indignación. Luego... tras largos años de empeñada lucha, fatigada por el peso abrumador de sus desdichas, exhaustas las fuerzas, decaído su vigor intelectual, la pobre Patria mía tiende sus brazos i reclama de nuevo su cariño desinteresado, su mirada de amor i su palabra de bien. Lo llamaba la Patria de sus hijos, la Patria de sus anhelos, la que él supo levantar dándole vigoroso empuje con la fuerza de su verbo redentor, con la convicción de sus ideas. I, acudiendo a tu reclamo, vuelve a tu regazo; acaricia tu frente sudorosa, se embriaga con los aires de tus lomas, se adormece al murmullo de tus rios, se adormece con el canto de tus aves, con los tintes de tu cielo, i animado por grandes ideales, forja esperanzas que tornaría en la ansiada realidad. i recorriendo el manto de las sombras hará lucir de nuevo para tí, Patria infortunada, la esplendente luz que baña con limpios arreboles los espacios infinitos de la razón i la conciencia!

Torna a tu regazo, i empuñando el bordón del peregrino, se lanza con esfuerzo denodado a la batalla del pensamiento; recorre valles i ciudades; investiga, lucha i trabaja con celo ardien-

te, con el amor del hijo amante; cual si hubiera mecido su cuna la brisa que susurra en las palmas quisqueyanas.

Ya se agitará en tus arterias i correrá con impulso vigoroso nueva sávia vivificadora; ya se ostentará del uno al otro confín la enseña triunfadora del progreso que eleva i dignifica, ya tienes en tus brazos al batallador, cuyas fuerzas no rinden el trabajo i la fatiga.

Hoy, animado por las glorias nacionales, impelido por su amor hacia esta tierra, se regocija su espíritu, i agrúpase en torno suyo la mujer puertoplatense, la de las grandes aspiraciones; la que, ansiosa de luz i de progreso, oirá con éxtasis arrobador el verbo alado que brota, corre i se despeña con la fuerza prepotente que le prestan el pensamiento que ajita ese cerebro.....

Permitid que yo también me una a vosotras para oír de nuevo el eco de esa voz que tantas veces me arrobó allá... a la orilla de mi Ozama, en las horas felices de mi infancia... i perdonad si, huésped de vuestra ciudad bellísima; peregrina enamorada de vuestra verde loma, admiradora de vuestras virtudes hago mío este suelo i este cielo, i uniéndome a vosotras, presento al Apóstol de la ciencia, en este día memorable, el mas sincero voto de gratitud, en el nombre de la ciudad de la loma enhiesta; en el nombre de mi ciudad natal, en el nombre de la Patria agradecida.

Puerto de Plata, 1900.

